

La ventana

A Daniel le gustaba mirar por la ventana. Para él, el hecho de hacerlo era de vital importancia. Hacía ocho meses que había dejado de ser un acto espontáneo en el tiempo para convertirse en un hecho consumado, una especie de ritual idóneo para soportar la aburrida cotidianidad a pesar de tenerlo todo en la vida, o casi todo para no pecar de soberbia como había dicho alguna vez a sus amigos, aunque lo decía más bien por quedar bien y no por un sentimiento de culpabilidad.

En ocasiones, tan solo se conformaba mirando a través del cristal con la ventana cerrada. Aun pudiendo no deseaba ir más allá. Entonces, su visión se alargaba horizontalmente para apreciar los frondosos árboles y el estanque situado en el centro del parque que tenía enfrente de su piso, ubicado en la quinta planta de una obra de nueva construcción de alto standing. Sin embargo, a veces tenía la necesidad de abrir la ventana de par en par, con la intención de contemplar las siluetas de hombres y mujeres que transitaban por las aceras y cruzaban los pasos a peatones de las calles adyacentes, inmersas en sus quehaceres y preocupaciones. Estos desconocían que eran observados desde las alturas —según decía él mismo— por el ojo que todo lo ve. Era cuando disfrutaba sobremanera, cuando se sentía el amo del mundo con potestad para hacer con aquellas pequeñas figuras andantes lo que le viniera en gana.

Daniel era hijo único. De pequeño había añorado la compañía de un hermano. Le hubiese gustado compartir juegos, peleas, regalos y confidencias. Sin embargo, esa idea acorde con su edad se evaporó con premura: cuando cumplió dieciocho años. Ese día sus padres le dijeron que toda su fortuna sería para él en el momento en que heredase el patrimonio familiar, además de hacer realidad cualquier capricho o petición que les solicitara. A partir de entonces recibía varios pagos mensuales en concepto de adelanto a fin de que no perdiese su elevado tren de vida. En

ese instante se sintió afortunado, más bien privilegiado. Aunque no fuese cierto, estaba convencido de que era mejor que los demás: había llegado a la conclusión de que era un hijo de papá. A su favor cabe decir que supo ir más allá del favoritismo paterno-familiar. Tras el paso por los estudios supo incrementar sus posesiones económicas y materiales gracias a su innata inteligencia y a su habilidad para los negocios.

Tenía treinta y cinco años y vivía solo desde los veinticuatro. Había transcurrido un año desde que se mudara a su actual vivienda, cuya decoración era bastante minimalista: pocos muebles estratégicamente bien distribuidos. Además, era fiel seguidor del sistema filosófico Feng Shui y ambientaba las distintas estancias según los preceptos de la milenaria disciplina, atendiendo la ocupación consciente y armónica del espacio para lograr una influencia positiva en las personas. A Daniel le agradaba su independencia, su piso era el último bastión irreductible. Sus amigos le decían que debía mejorar sus relaciones sociales: mezclarse con otra gente con más asiduidad. Hablar, dialogar, conversar, congeniar con el propósito de conocer a alguien especial.

En contadas ocasiones estaba decidido a celebrar una cena en su casa. Para que se llegara a realizar ponía una única condición: que el grupo debía ser reducido, como máximo cuatro o cinco invitados. Odiaba la compañía salvo cuando era femenina y dispuesta a acabar la velada en la cama hasta altas horas de la madrugada. No tenía pareja estable y tampoco se esforzaba por tenerla. Sus devaneos con mujeres le satisfacían lo bastante para no atarse a nadie a pesar de su inicial predisposición. Tras el goce carnal algunas mujeres se arrepentían de su conducta porque advertían que las trataba con manifiesto desinterés, él solo las quería para el sexo.

La noche anterior Daniel celebró la última cena. En esa ocasión los comensales eran Pedro, David, Raquel, Laura y Mar. La relación que tenían entre ellos era de amistad, jamás habían tenido una relación de pareja ni mucho menos solo de carácter

sexual. Primero llegaron los dos amigos que, tras saludar a Daniel con unas palmadas en la espalda, empezaron a conversar entre risas y bromas sobre el posible desarrollo de la velada. Poco después llegaban las tres amigas con una sonrisa burlona de oreja a oreja. Se habían reunido previamente para ir a tomar una copa con la intención de estar dispuestas a pasarlo bien durante la cena. Después del oportuno recibimiento, los seis se sentaron alrededor de una mesa baja del salón rodeada por un sofá blanco de grandes dimensiones y por enormes cojines colocados en el suelo. Para Pedro y David no era la primera cena a la que asistían en casa de su amigo, para el resto sí y esperaban que no fuese la última.

Daniel se deleitaba con la comida, pero no tenía interés por la cocina. Entre semana almorzaba en el trabajo y las cenas en su casa eran a base de ensaladas y lomos de pollo o cerdo a la plancha. El fin de semana se permitía ir a un restaurante de renombre. Lo que sí le gustaba era el vino. Aunque la comida fuese pésima él requería un buen caldo. Su padre le había introducido en la viticultura y en la casa familiar nunca había faltado una buena botella. Gracias a su interés había confeccionado una pequeña bodega en un rincón de su piso donde se apreciaba una aceptable variedad de vinos —blancos y tintos— a elegir según la ocasión.

Para la cena Daniel había seleccionado un Viña Tondonia Gran Reserva 1994, que había descorchado poco antes de que llegaran los comensales. Llenó las copas hasta la medida justa para que los aromas envolvieran el espacio rodeado de cristal. Empezaron a degustar el variado surtido de comida japonesa que él había encargado a una empresa de catering especializada: platos a la plancha y fritos en sartén (*yakimono*) como el *kushiyaki* y el *teriyaki*, tallarines (*men-rui*) como el *ramen* y el *udon*, comida cruda (*sashimi*) como el *fugu*, y arroz mezclado con ingredientes frescos (*sushi*) como el *makizushi* y el *chirashi*.

La noche avanzaba y el convite transcurría de forma agradable. Tras ingerir un par de copas de vino empezaron los

coqueteos entre los comensales. De forma natural se intercambiaron los asientos. Pedro se sentó al lado de Raquel, David junto a Mar y Daniel con Laura. Ella le había echado el ojo desde su llegada y él no había dejado escapar la oportunidad para dejarse querer. Poco a poco fueron terminando de comer y beber. Las tres parejas pasaron de los flirteos a las caricias y besos más apasionados. Aunque el piso era de grandes dimensiones y tenía varias habitaciones, Pedro y Raquel, al igual que David y Mar, prefirieron marcharse para tener mayor libertad de acción. Los cuatro se despidieron de Daniel y Laura, que también optaban por estar solos para dar paso al sexo. Ambos eran conscientes de ello.

Se tumbaron sobre los cojines. Él empezó a desabrochar los botones de la blusa de su amante con lentitud, dejando un tiempo prudencial entre cada botón mientras se besaban con creciente pasión. Ella no se quedaba sumisa y le despojó de la camisa. Con la parte superior del cuerpo desnuda, Daniel la invitó a entrar en su habitación. Le dijo que acabara de desnudarse y se metiera en la cama. Él necesitaba ir un momento al aseo.

A su regreso Laura le notó diferente. Se fijó que Daniel mostraba una euforia desmesurada, su piel estaba muy sonrojada y andaba con lentitud. Cuando la besó se percató de que tenía la boca seca. A pesar de su extrañeza no le dio demasiada importancia, se dejó llevar por los placeres sexuales más atrevidos que le ofrecía su pareja ocasional, a los que respondía de igual manera.

Dos días después, Daniel miraba de nuevo por la ventana, pero en esa ocasión tras los cristales había tres barrotes de hierro y un grueso muro de cemento. Estaba de pie. Frente a la ventana evocaba aquella maravillosa visión del parque con sus árboles y su estanque. A diferencia de aquellos días, ahora sí que le era necesario salir, pero ya no podía hacerlo. Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Daniel estaba en la cárcel porque había sido condenado a una pena de quince años. Echaba de menos su piso de alto standing, su trabajo, su elevado tren de

vida, pero sobre todo añoraba su libertad. La celda de escasas dimensiones le producía un ahogamiento insoportable: un aseo, un lavabo, una cama y un par de repisas eran su único mobiliario. Acostumbrado a los lujos más excéntricos, la austeridad y la bajeza de la celda le producían náuseas. Pasaba medio día llorando y el otro medio maldiciéndose a sí mismo. Sentado sobre la cama intentaba poner en orden lo ocurrido pocos días atrás.

Laura y Daniel gozaban del sexo más desenfrenado. Ambos aceptaban el hecho de que no iban a salir nunca como pareja. Así pues, tenían total libertad y ningún remordimiento para poner de manifiesto sus deseos y sus fantasías eróticas sin límite. Daniel seguía bajo el influjo de la euforia. En ese instante estaba encima de su amante y de repente le puso las manos alrededor del cuello. Al principio, lo oprimió ligeramente mientras ella todavía se estremecía de placer. Sin embargo, él quería ir más allá y empezó a ejercer una presión mayor. Ella intentaba zafarse y gritaba, pero sus gritos se ahogaron al no poder respirar. Él se hallaba impaciente, su cuerpo musculoso permanecía en tensión. Poco después Laura dejó de quejarse. Daniel la había estrangulado. Estaba muerta.

Una semana más tarde, al resguardo de la noche, Daniel se ahorcó utilizando las sábanas de su cama. Nadie se dio cuenta porque los presos de las celdas contiguas dormían plácidamente. Sus ojos, todavía abiertos, miraban en dirección a la ventana.